El Eco de Cartagena

AÑO XXVIII — DIARIO DE LA NOCHE — NÚM. 8106

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas: tres meses, 6 id.—*Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó lfrase dificil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 12 de Noviembre 1888

CURA inmediatamente toda clase de Vómitos y Diarreas (de los físicos, de los viejos, de los niños) Cólera, Tifus. BISMUTO Y CARBO VIVAS PEREZ Disenterías, Vómitos (de los niños y de las embarazadas) Catarros y dolores de estómago
DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

LA SEMANA ANTERIOR

Un triste acontecimiento ocupa el primer lugar entre todos los que han tenido efecto la semana pasada.

El suicidio de una joven buscado en un momento de locura entre las olas del mar, ha consternado á la población, y de ella, especialmente, á cuantas señoritas se encuentran en el caso que se hallaba la infeliz suicida.

Todas las chicas que experimentan el placer de verse amadas por un galán—para ellas el más hermoso de todos los galanes—deploran más que nadie el desgraciado accidente que me ocupa Porque es tan natural en tales casos tener presente el proverbio que dice: «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar....»

Yo aconsejo á todas las novias habidas y por haber que olviden el refrán transcrito, y que jamás pierdan la razón, hasta el extremo de quitarse la vida.

Esa no nos pertenece y, es claro, que no podemos disponer de ella.

Además, nunca existen motivos suficientes para tomar resoluciones tan extremas; porque yo supongo que ustedes opinarán que un novio *no vale nada*.

* * *

La instalación del teléfono ha constituido un *suceso* en la semana.

La novedad es grande; la curiosidad mayor todavía, y las bromas que se trasmiten por los hilos *inconmensurables*.

El despacho donde existe uno de esos aparatos, está siendo objeto de frecuentes visitas. Estoy por asegurar que nunca se han visto tan concurridos como en los últimos ocho días.

D. Torcuato pasa con sus tres hijas por delante de uno de esos *favorecidos* sitios en que el teléfono funciona, y con la gravedad propia de sus sesenta años, dice á aquellos angelitos: «Niñas, véis esos cordoncitos?»—Sí—responden ellas, plantando sus manitas en alguno de ellos si están á tiro.—Pues ese es el teléfono.

—Yo lo quiero ver bien, papá.

—Pues venid conmigo; entraremos y hablaréis con un abonado.

Se presentan los cuatro seres curiosos en el establecimiento (suponiendo que lo sea) y entablan la siguiente animada conversación:

—Hola, amigo, dice el papá dirigiéndose al dueño de la casa; aquí vengo con las niñas á enterarlas de ésto, señalando el aparato.

—Como usted guste, responde el aludido, pasen ustedes ahí y llamen.

Puestos ya en comunicación con *alguien* (que á aquella familia lo mismo le da que sean unos ó que sean otros) empieza el diálogo de esta manera:

Una niña.—Buenos días tenga usted.

—Yo no oigo nada, dice la tercera chica para la que no ha habido receptor, y que por lo tanto maldito lo que puede escuchar.

—Silencio, exclama el papá, ahora te tocará á ti.

La niña.—¿Que quién soy? Pepita. (Al papá.)—Papá, dice que no me conoce

Mira como lo conoce!! Por estos hilos pasa todo

—¿Sí? pregunta uno de los pimpollos.

(En el teléfono)—Mándeme V. dulces por aquí.

—¡Jesús! Pues no me manda á... paseo.

—¡Caracoles! dice D. Torcuato, aproximándose al aparato, ahora verás.

(Al teléfono.)—Caballero interlocutor: le advierto que está V. hablando con mi hija; que mi hija tiene padre, y que éste no puede consentir que usted se mofe de ella.

—¿Que con quién habla usted?—Conmigo.

—No tengo inconveniente; aquí le espero para ajustarle las cuarenta.

A todo ésto el dueño de la casa está inocente de aquello, é ignora cómo está poniendo D. Torcuato á su parroquiano *X*, que es el abonado con quien habla.

El teléfono es un adelanto, no cabe duda; pero hasta que el público se acostumbre á *telefoniar*, es un *instrumento* nuevo de que podemos valernos para pasar el rato.

¡Y ésto le hace tanta gracia á algunos!

Los comerciantes y la central están divertidos; los primeros teniendo que dejar ocupaciones perentorias para acudir al teléfono, cuyo timbre les llama con urgencia.

Los segundos poniendo en comunicación á unos y á otros para *echar párrafos*.

* * *

El Casino encendió su salón de baile la noche del martes pasado, para que distinguido auditorio escuchara las inspiradas notas que dejara escapar de su privilegiada garganta Anita López, ó las que, buscadas con rara habilidad en su Stradivarius hiciera oir la concertista Giulietta Dionesi.

El Eco emitió en tiempo debido su juicio sobre esta solemnidad musical, y no debo yo por tanto volver á repetir lo que ya está dicho.

Solo quiero recordarlo, porque bien puedo decir que revistió el concierto los caracteres de un acontecimiento lírico.

* * *

En Maíquez sigue funcionando Povedano y compañía.

En la semana pasada ha habido *mar de fondo* producida por *Al agua patos*. ¡Está en relación la causa con su efecto!

Mas todo se conjuró, y *aquello* está convertido en una balsa de aceite.

El Principal debe abrir sus puertas de un momento á otro. Pero como ustedes saben que existe gran diferencia entre el *debe* y el *haber*, hasta hoy ignoramos si *habrá* compañía que en él presente sus trabajos.

Allá veremos.

J.

Variedades.

CUESTIÓN DE COLORES.

Cuando ayer me levanté
salí de mi sotabanco
y á unas muchachas hallé
que al verme, no sé por qué
me hicieron de risas *blanco*.

Aprieto el paso, y al punto
me tropiezo con mi suegro
que me para, y de un asunto
tantísimo habló, que en conjunto
por dejarle me vi *negro*

Me marché tan sofocado
que cuando ya hube llegado
donde yo me dirigía,
me preguntaba Sofía
¿por que estàs tan *colorado*?

No le pude contestar
porque de hacerlo me pierde
la respuesta; el verbo amar
me dispuse á conjugar,
mas ella me puso *verde*;
supo que yo era casado
y hasta me llamó gandul:
en fin aquel altercado
fue tan grave, que al contado
estuve de *oro* y *azul*.

La terrible retahila
de la niña y la mamá
muchísimo me horripila,
pero callé, y claro está
ambas me llamaron *tila*,
bobo, infame, seductor,
canalla, pérfido, pillo...
y me causó tanto horror
que cambiando de color
me puse, en breve, *amarillo*

Todo el cuerpo tiritaba
porque yo me hallaba helado,
y hasta el color que ostentaba
mi rostro, se cambiaba
por momentos en *morado*.

Mirándome en tal apuro
hacia casa salí yo
renegando, pues os juro
que el lance me pareció
pasar de *castaño oscuro*.

J.

MARGARITA

DELIRIO.

Al distinguido literato catalán, mi buen amigo,
PEDRO JUAN LLORT.

Ya no volverás á contemplar los verdes prados; ni la clara luz del sol; tus pupilas se cerraron y la rigidez marmórea cubre tu cuerpo.

Cuando en la edad temprana corrías tras una mariposa, hollando con tu lindo pie los lirios, eras dichosa, porque no comprendías las miserias de nuestro mundo.

Creciste, la ambición te cegó; «quiero brillar» exclamaste, y recorriendo la senda del vicio, quebráronse tus alas en el báquico festín de la impureza.

Quisiste navegar en el océano de la vida sin ver que el monstruo de la vanidad te hacia hundir más y más en sus cenagosas aguas.

Tu espíritu se remontará á etéreas regiones, mientras la materia dará vida á otros seres.

A través del deseo que siente mi alma contemplo la tuya, que, errante é incierta, flota en la superficie de un mundo desconocido; el delirio se apodera de mi cerebro, dando forma real á ese mundo que forjó mi fantasía.

Contemplo tu tez de purísima blancura, tus antes vidriosos ojos vuelven á la vida ostentando su hermosura, y tus frescos labios el encendido color del rubí, mientras que recogidos en forma de corimbo veo tus sedosos cabellos, rubios como el oro, de Nínive la grande, salpicados por brillantes gotas de rocío.

Jazmines y blancas azucenas ornan tu frente, mientras que ligera gasa de nítido color, sujeta por guirnalda de preciadas flores, cubren tus esculturales formas.

Pareces á Flérida, hija del sol, meciéndote entre las auras ligeras.

Seguí tus huellas, y me encontré en un fantástico palacio, de cuyas bóvedas pendían innumerables estalactitas.

Esbeltas columnas de oro, en las cuales se enlazaban preciosas enredaderas de madreselvas y rosas, tejidas por misteriosas hadas, sostenían aquella techumbre de nacarados colores.

En el centro de aquel palacio se veía un trono recamado en oro, cuyo asiento ostentaba el azul del lirio.

Te acercaste á mí, y con plácida sonrisa, me diste á beber en cincelada ánfora delicioso néctar, mientras que pulsando ebúrnea mandolina, entonabas ritmos de amor, que se elevaban como suspiro de hada entre el perfumado ambiente.

Salimos de aquel edén á tiempo que el sol trasponía las azuladas cimas de elevadas montañas de cristal y perdíase entre las purpúreas tintas de una tarde deliciosa.

Vago crepúsculo se extendió por Oriente mientras la plateada luna asomó su faz por entre millares de astros que cual brillantes topacios salpicaban el manto de la noche.

Ebrio de amor tendí los brazos á ti, y al tocar tus flotantes vestiduras y aspirar tu perfumado aliento, caiste sobre las aguas de un lago, en cuya superficie flotaban acuáticas plantas y palustres flores.

Te seguí con los ojos del alma, y al querer lanzarme sobre tu cuerpo, te evaporaste entre el perfume de las auras y armonías de lo desconocido.

Fuerte sacudida vino á sacarme del morboso sueño en que yacía, y al despertar de aquel delirio, que por un momento había adormecido mi materia, te contemplé envuelta en blanco sudario, teniendo por trono una humilde sepultura, en cuyos lados se alzaban dos sauces, cuyas ramas se doblaban besando la cruz que me guió al sitio en donde reposaban tus cenizas.

DAVID PARDO GIL.

Madrid y Noviembre 88.

Local y provincial.

Anoche ante muy reducido auditorio tuvo lugar en el coliseo de la plaza del Rey, la función anunciada á beneficio del distinguido poeta cartagenero D. Daniel Egea.

La banda del regimiento de España, con la maestría, afinación y delicadeza que le son tan propias, ejecutó á telón corrido una pieza del *Faust* que arrancó entusiastas aplausos al público.

Siguió el estreno del drama *Las horas de la agonía*, original del beneficiado. Bien podemos asegurar que dicha obra merece ser representada en otros teatros, donde el fallo del público, sin duda favorable, la acreditara y la hiciera de repertorio.

En el drama estrenado, la versificación es fácil, flúida y correcta; en ella se destacan pensamientos elevados y figuras bellísimas que conquistaron grandes aplausos, apesar de ser muy reducido el número de espectadores.

El autor, como pocos modesto, apareció en escena multitud de veces al final de los actos segundo y tercero, y obtuvo ovaciones